

Sobre la interpretación de "Rosa Mecánica" de Rafael Maya

(Especial para la REVISTA DEL ROSARIO).

Rodea al mundo, en este momento angustioso de la historia, una atmósfera sorda a las voces inefables de la belleza. Es la que vivimos hora de tempestad, cargada de un espíritu impuro, que las leyes ineludibles de la economía universal eliminan en la actual encrucijada de los tiempos en un certamen apocalíptico de borrasca. Sólo interesa al hombre de estos días, abrumado por el signo violento de la era, aquello que al menos en algo traduzca su ansiedad o se esfuerce en delinear ante sus ojos enrojecidos por la llama de ébano del misterio circundante la clave del caos en que se mueve y viaja, y le ofrezca, en el fulgor del propio relámpago que lo castiga, la ceja de luz en cuyo fondo brillen los valles y laderas de la tierra prometida. El mismo adolescente, en quien se renueva la humanidad con todas las leyes elementales de la vida, parece que no quiere oír los dulces acentos encantados que en todas las edades han cautivado su corazón floreciente de ingenuidad. Aún el amor cambia sus voces primordiales por las de una extraña inquietud en que el arrullo se hace grito y el balbuceo se desgarrar en lamentos arcanos, quebrado el ritmo idílico en un jadeo de intermitencias cósmicas. Precipitada en un abismo de rocas, que conjugan sus filos como una danza de puñales, la fuente niegase a la copia virgiliana de los cielos y se revuelve en un trajín de espumas turbias y hoscas, cuyo encaje viene tejido no ya por las agujas del sol sino por ignorados impulsos interiores. No pulen las aguas de la tierra espejos para el grano de la estrella ilusoria, ni ésta apunta en el firmamento ennegrecido por nubarrones desplegados en legiones de guerra. El clarín de los ángeles suena con timbres de milicia.

En hora tal cumple al poeta cambiar la flauta de la égloga por la trompeta de la profecía y mudar en la belleza la túnica pastoril por el arreo metálico de la doncella medioeval. La poesía debe entrañar, y en tal sentido vale como cifra total y última del hombre, la imagen y la voz del

espíritu en el momento en que éste se somete a su interpretación en la evolución de las edades. Evolución accidental, se entiende, ya que el hombre conserva su identidad consigo mismo, que es lo que le imprime su sello de eternidad, su semejanza con Dios. Mas la tragedia humana radica, precisamente, en la conjunción de los accidentes históricos. El cántico que en esta hora no refleje la inquietud que nos hace bailar en la cima de la ola y nos sume al instante en el nido cavernoso del abismo, pasará como una melodía sin sentido sobre las cabezas atormentadas de la muchedumbre. Si época alguna exigió del cantor la penetración del vate, o adivino, fue ésta que nos deparó Dios en la rosa circular de los siglos. La voz que cante en los fondos eternos de las almas podrá ser escuchada después, en el reposo que habrá de venir (porque sabemos que vendrá, aunque no sabemos cuándo ni a qué precio), mas no lo será en ésta, porque para que llegue a la sede de los vientos en que campea la canción sería necesario que venciera obstáculos inferiores que superan aún el mismo aliento del genio. La voz poética que aspire hoy a resonancia humana debe colocarse en la altura del tiempo y descender de allí sobre las multitudes enloquecidas, en evangelio cordial, como el rocío que baja de las nubes y de los montes.

Rafael Maya adopta entre nosotros esta ardua postura. Autorízalo, para ello, la serie de virtudes intelectuales que lo nimba, su sentido ejemplar de la belleza, el admirable dominio que, como intérprete del espíritu, ha alcanzado sobre los recursos que sirven de vehículos a la función artística. Bien puede decirse de él, por tanto, sin incidir en la hipérbole habitual en nuestra fabla presuntuosa, lo que con motivo del último canto del poeta ha dicho un joven escritor de nuestra comarca: "Rafael Maya es, entre nosotros, el profeta lírico de los tiempos futuros".

Diáfano en su forma, logrado con una exquisita simplicidad de elementos, signo del auténtico artista, "Rosa Mecánica" es un poema cuya hondura esencial se presta a exégesis caprichosas. Fácilmente se advierte el pensamiento original del poeta, que ha buscado afirmar en este canto el triunfo del espíritu sobre la materia. La rosa mecánica y la vara de acero, en que cifra y compendia el cálculo, la flor de nuestros tiempos y el anhelo materialista que traza con sus líneas el esquema desespiritualizado del futu-

ro, dialogan arrogantemente con el tallo de hierba y el escarabajo azul, que traen al poema la presencia de la vida, la voz de la naturaleza orgánica, engendrada en los senos misteriosos del cosmos. Y es aquí donde la exégesis puede bifurcarse, en lo que se refiere a la realización del pensamiento del poeta, que no al pensamiento mismo, ampliamente conocido en su esencia cristiana por los que admiramos a aquél, que somos todos los que en las distintas latitudes de la lengua conocemos su obra. Es un hecho, ya observado por Héctor Fabio Varela, el primer exégeta de "Rosa Mecánica", que el poeta eligió para el desenvolvimiento de su concepción, en la naturaleza las criaturas más elementales: el tallo de hierba y el escarabajo azul, y en la civilización mecánica las formas primarias: la vara de acero y la rosa mecánica, cuyo diálogo aparece medido en el poema por el ritmo de los silencios y los ruidos. Mas a pesar de la solución última, en que tras el derrumbamiento estruendoso de la arquitectura levantada por los dioses del cálculo, el tallo de hierba y el escarabajo azul, afirman la supervivencia de los seres animados, falta, en la síntesis, la luz definitiva que pudiera anular el reclamo de quienes hubieran anhelado más nítida y rotunda la llama del espíritu sobre las ruinas de la catástrofe mecánica. Precisamente la elección de las criaturas elementales y de las formas primarias determina esta insuficiencia final. Bien es verdad que el poeta coloca a Dios en la base y principio de la naturaleza:

Sólo es grande tu callada
creación,
oh naturaleza que tienes
a Dios.

Mas el toque es demasiado rápido, demasiado sintético en proporción al desenvolvimiento anterior del diálogo. El poema viene así a quedar envuelto en una nebulosa cósmica, y a ser más una afirmación de la vida que del espíritu frente a la materia inerte. La interpretación de la vida es lo que separa fundamentalmente al espiritualismo del materialismo. Emanación de Dios para el primero, es sólo la culminación de la materia, bien que por obra y gracia de un misterio que no acierta a explicar, para el segundo. Afir-mar la categoría superior de la vida, por eso, no equivale a

afirmar la supremacía y eternidad del espíritu. Dado el conjunto de intérpretes del drama, el poeta de "Rosa Mecánica" no podía resolver el conflicto sino en la forma en que lo hizo, si bien la alusión final a Dios pudo aclarar con mayor luz la nebulosa cósmica en que, como hemos anotado, queda envuelto el poema.

El desarrollo técnico de éste es admirable. Ha llegado el poeta a un dominio de las formas verbales que le permite, a cada instante, condensar el pensamiento en un mínimo de expresión que da la sensación de una justeza matemática. La frase llega en él a una desnudez maravillosa, en que la belleza florece en la plenitud de sus encantos y atributos. Analizado por este aspecto, no ya en su último poema sino a través de su discurso literario, Maya nos daría el espectáculo de una parábola de asombrosa, admirable depuración estética. En sus cantos viaja el ritmo con la virtud original de las formas más puras y perfectas de la naturaleza. Suya es ya, en el arte de la expresión verbal, esa simplicidad encantadora que permitió a los griegos dar a los artífices del verso el nombre de poetas, vale decir, creadores. Su voz posee el soplo mirífico que alumbra el seno oscuro de las palabras y les infunde espíritu, levantándolas de la función de signos, triste y muerta, a la de criaturas místicas, cuyo ministerio de interpretación se dijera engendrado en el propio pensamiento, la vida del cual llega, así, a confundirse con la de ellas en una maravillosa apariencia sustancial. Su verso discurre en un reposo helénico, animado de esa fuerza que se esconde, en la naturaleza, bajo vestes de gracia. Espuma de las aguas y de las nubes, rumor y suspiro de los vientos, fronda y fruto del árbol. Así la poesía de Maya. En una exquisita, casi inocente suavidad de relieves, el arcano insondable del corazón y de la mente.

MARIO CARVAJAL,

Doctor de la Facultad de
Filosofía y Letras de este
Colegio Mayor.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico